

EN TORNO DE LA GUERRA



PROFESIONALISMO ANTIPATRIÓTICO

POR

Miguel de Unamuno

PARA explicar ciertas timideces y ambigüedades del Poder público español frente a las demasías germánicas, y más aun a las demasías germanófilas de algunos que oficialmente al menos aparecen como españoles, se dice que es temor a la prensa germanófila, al espectro carlista, a algún que otro ministro y a cierta parte del ejército. Vamos a decir algo de este último.

El ejército español sabe perfectamente que su misión es ejecutar los acuerdos de la nación y que ésta tiene sus órganos de deliberación en los que no entra el ejército como tal. Y estamos todos seguros de que si las cosas llegasen, como no es difícil que lleguen, por parte de Alemania, o mejor de la oligarquía kaiserista que la esclaviza, a tal punto que los agravios a la dignidad y a la libertad y a la seguridad de la vida de España y de los españoles pasasen aún más de la raya de que ya han pasado, el ejército español estaría todo él, como es su deber, al servicio de la voluntad nacional. Y esta voluntad no se decide por las chillenías de unos cuantos fanáticos y de otros cuantos asalariados. Y algún órgano en la prensa de ese ejército bien claro lo ha dicho así.

Que hay militares españoles germanófilos no cabe duda, como los había en Italia, y en Rumania, y en Rusia, y en Inglaterra misma, antes de entrar estas naciones en guerra con Alemania. Esos militares germanófilos, sean o no los más y sean los más o los menos cultos y entendidos, no sólo en milicia sino también en ética, tendrán sus razones para su germanofilia, pero hay una cosa que no podemos, porque no queremos, creer de ellos. Es que, siendo germanófilos por profesionalismo, lleguen a poner el profesionalismo por encima del patriotismo.

El que en Alemania está en gran predicamento el ejército, el que allí sea temido más que en otras partes el militar de profesión, el que goce de privilegios y de una consideración social de que en otras partes no goza, podrá ser un motivo, más o menos discutible, para que un militar español sienta admiración y hasta afecto a Alemania; pero no lo es bastante para que crea que por eso lleva la razón en esta guerra y menos para que esa admiración y ese afecto le lleven a creer que España tiene que sufrir todo género de molestias y afrentas de ese país militarista.

¿Qué diríamos de un español catedrático de alemán que se declarase germanófilo en esto de la guerra nada más que por creer, con más o menos razón, que si Alemania no obtiene la victoria que busca y si la que le quieren imponer los aliados, se desprestigiara de tal modo que se suprimirían en España las cátedras de alemán? Conocemos, sin embargo, catedráticos universitarios españoles, y no de alemán, que desean el triunfo de Alemania porque creen que en ella los catedráticos gozan de más prestigio y de más sueldo que en otras partes. Es decir, que estos nuestros catedráticos se sienten germanófilos por creer que Alemania es un país catedraticista como es militarista. Y en general funcionarista. Como que allí la profesión abroga al hombre y el profesionalismo al humanitarismo.

Nosotros creemos, por el contrario, que el hombre ha de ser ante todo hombre, hombre civil, ciudadano, y que no debe juzgar las gravísimas cuestiones de ética internacional, y una es la guerra con criterio profesional. No tiene más razón ni más justicia en la guerra el que técnicamente la lleve mejor —mientras la lleve—, ni el que un país tenga mejor preparado su ejército es prueba de su superioridad. Tanto valdría creer que porque habiendo en un país más enfermos y más graves que necesitan más asistencia médica y estando, por lo tanto, más en auge en él la medicina, ese país está más adelantado que otro en que, por gozarse de más salud natural, hay menos médicos. O juzgar de la superioridad en civilización de Petrogrado sobre Sevilla, en caso de que la hubiera, porque en aquél, en Petrogrado, la calefacción está más adelantada que en ésta, en Sevilla. El que un país tenga la guerra por principal industria, como la tiene Prusia, según el economista Wagner, no es ninguna superioridad.

Es más; así como conocemos catedráticos celosísimos y que cumplen a toda conciencia, y hasta con entusiasmo, su cometido y que aborrecen el catedraticismo—que empieza a haberle—y maestros muy maestros que ven el peligro del pedagogismo, comprendemos que haya sacerdotes dignísimos y celosísimos que sean anticlericales y militares antimilitaristas.

Desde luego, todo hombre, todo verdadero hombre, todo hombre civil —y los militares

también son civiles, o deben serlo—, todo ciudadano patriota no debe creer que su servicio profesional sea más patriótico ni más heroico que otro servicio profesional cualquiera, ni más digno, ni más meritorio, ni menos. La dignidad está en los motivos íntimos porque uno lo rinde, y si es *pro pane lucrando*, para ganarse la vida, cualquier profesión no es más que profesión en el peor sentido.

¿O qué diríamos de los abogados españoles si combatieran y censuraran a una nación cualquiera extranjera, que había llevado sus costumbres jurídicas a tal punto que se hubieran reducido allí al mínimo los pleitos y temieran la influencia en nuestro país de semejante orden de cosas?

No, no queremos creer que haya ciudadanos españoles dedicados a la honrosa profesión de las armas—pero no más ni menos honrosa que otra profesión pública cualquiera de servicio patrio— que traten de justificar los atropellos de Alemania contra el derecho de gentes, hasta cuando se ejecutan contra españoles, por la miserable razón de que si Alemania no obtuviese la victoria que buscaba decrecería el auge y el prestigio de la profesión de las armas en todas partes o vendría una época de desarme mayor o menor en toda Europa. Yo no sé si con la derrota de Alemania recibiría o no un fuerte golpe la *catedraticuna* alcañalada inespíritual de producción germánica; pero si así fuera, me alegraría de ello. Porque lo que acaso más necesitan nuestros centros de enseñanza es que entren en ellos muchos de los que nuestros pedantes de la cátedra consideran como *zurupetos*. No hay que execrar tanto al diletantismo cuando éste tiene entusiasmo y alma. Y, además, entre nosotros los zurupetos se diferencian poco en competencia de los profesionales titulados o con patente, si es que no los superan.

Puede haber otras razones que no las aquí sugeridas que induzcan a nuestros profesionales a aconsejar, no ya prudencia y calma, sino hasta la más sumisa paciencia y la más vergonzosa neutralidad. Si nos pidieran un cierto número de catedráticos para ir a establecer en una nación extranjera una universidad española que diera allí muestra de nuestra cultura, es fácil que no pocos de nuestros catedráticos declinasen tal honor declarándose neutrales en eso de la cultura científica europea. Pero esta neutralidad no significaría sino la conciencia de una impotencia.

Aquí entramos en consideraciones más quebradizas.

Dejémoslas, pues, para otro día. Pero hoy quedemos en que no puede haber profesionalismo alguno que se sobreponga al patriotismo.